

CONFLICTO Y ACTUALIDAD DE LA CULTURA VALENCIANA



— Por Ricardo Bellveser —

Ricardo Bellveser es licenciado en Filología Hispánica y Periodismo. Autor de dos amplias antologías, «Un siglo de poesía en Valencia» y «Un Purgatorio» (antología de narradores valencianos), y tres poemarios («Cuerpo a cuerpo», «La Estrategia» y «Manuales»), compatibiliza la docencia con el periodismo, y la labor de crítica literaria.



I

Una mirada superficial a la Valencia de hoy (oficialmente *Comunidad Valenciana*) nos podría hacer pensar que nos hallamos ante un pueblo que ha perdido a lo largo de los siglos los lazos mínimos de unión para sustentar un espíritu solidario que por encima de las diferencias le aúne como colectividad, esto es, que ha perdido aquello sustancial que mantiene vivas a las comunidades más homogéneas. Joan Fuster, por otro camino, llegó a afirmar, en 1962, que el pueblo valenciano era un *pueblo dimi-*

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete; *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia; *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas, profesor de Enseñanza Media y crítico literario; *La cultura en Aragón*, por José Carlos Mainer, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza, y *Las Islas Canarias: una litigiosa identidad cultural*, por Domingo Pérez Minik, escritor y crítico literario.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

tido, frase chispeante, pero dudo que ajustada. Lo que sí detecta cualquier observador, y de ahí que pueda sacar la anterior impresión, es que la cultura valenciana hoy es una cultura conflictivizada y en tensión consigo misma; esto ha trascendido a periódicos y revistas no siempre cabalmente. Desde mi punto de vista, la cuestión central estriba en el hecho de que la cultura valenciana no es hoy aquello que razonablemente debería ser, y cuando uso el condicional, no camufló en él un deseo (todos, de hecho, *deberíamos* ser mejores, más inteligentes, etc.), sino que quiero que se entienda en su sentido recto: la cultura valenciana de hoy no es la hija natural, resultado diacrónico lógico de la que fue, sino *otra cosa*, y en el establecimiento de qué es esa *otra cosa* es donde radica el problema que para algunos adopta la temeraria forma de *conflicto de identidad*.

Es bien cierto que los valencianos se cuestionan a diario incluso su propia existencia como pueblo y, mayormente, no se imaginan si no es dentro del conjunto español, unos, o del conjunto de los Países Catalanes, otros, tema —se habrá entendido ya— de transfondo político, de concepción social de futuro, lo que impide la existencia e incluso la gestación progresista de un nacionalismo valenciano representativo que despierte y favorezca los «lazos mínimos de unión solidaria». Tampoco sé ahora mismo si eso importa mucho, pero indubitablemente es un dato y sólo desde la magnificación de éste puede ser cierto que estemos ante un pueblo dimitido, lo que se suele traducir en el talante cotidiano en una conciencia de que la cultura actual —la sociedad valenciana hoy— ha devenido en subalterna y cuando se reconoce como tal se considera *víctima*, subalterna *a causa de los demás*. Ahora bien, por encima de estos hechos, se puede detectar un pulso cultural esperanzador, cuyos principales indicios han ido apareciendo en los últimos años y que van mucho más allá de las actitudes del ingenuo anticentralismo tradicional o las defensas frente a *raras* (desde luego hipotéticas) maquinaciones exteriores llevadas a cabo con el auxilio de Efiates internos y todo ese aburrido traslado de responsabilidades que excusan la autocrítica.

Veamos algunas cuestiones importantes: en el antiguo Reino de Valencia se produjo el primer Siglo de Oro de una lengua

romance, el XV (digo «siglo» y no es más que una forma de hablar; cabalmente deberíamos hablar de 148 años, esto es, desde 1350, fecha del nacimiento de San Vicente Ferrer, a 1497, fecha de la muerte de Roís de Corella o, recortando más, a partir de los primeros sermones vicentinos, con lo que el «siglo de oro» tendría unos 122 años), que es cuando escriben el mayor número de los autores que conforman nuestra historia clásica. Nótese que se suceden o simultanean Vicente Ferrer (1350-1419), Antoni Canals (1352-1419), Ausiàs March (1397-1458), Joanot Martorell (¿1413?-1468), Jaume Roig (¿1412?-1478), Joan Roís de Corella (¿1438?-1497), Bernat Fenollar (Id), Isabel de Villena (n.1430) y una generosa relación de autores importantes si bien hoy en día no tan considerados como los anteriores, como son Joan Vidal, Joan Verdansa, Pere Villaespinosa, Jaume Gasull, Narcís Vinyoles, Crespí de Valldaura y un ciertamente largo etcétera, que no sólo sentaron las bases de una lengua literaria, sino que se puede afirmar que dieron sus cotas más altas, con la singularidad de que una importante parte de ellos fueron coetáneos y hasta convecinos. El valenciano no sólo se había consolidado como lengua doméstica, sino también literaria, con lo cual había adquirido el máximo rango. Este esplendor llega aquí bajo Pere el Ceremonioso, tras un importante cambio dinástico en la Corona de Aragón, como fue el producido tras la muerte de Martín el Humano, en el Compromiso de Caspe (1412) con la decisiva —como es sabido— intervención de Vicente Ferrer, que consiguió coronar la cabeza de Fernando de Antequera, hoy diríamos que contra pronóstico. La importancia de este hecho es doble: por un lado, hay una exhibición de poder —persuasivo— del Reino de Valencia; por otra, los compromisarios legitimaron a los Trastámaras, familia reinante en Castilla, como Reyes de la Corona de Aragón. El esplendor, ya se ha dicho, viene con el reinado de Alfonso V el Magnánimo, y Valencia pasa a ser la principal capital de la Corona, esplendor que cuando en 1479 se casan Isabel de Castilla y Fernando de Aragón respetan, incluidas las instituciones forales. Los principales monumentos (Miquelet, Lonja, Torres, Misteri d'Elx, Convento de Santo Domingo... etc.) son de este período, que tiene una inolvidable vertiente económica con el inicio de la actividad exportadora y las campañas italianas del Ceremonioso y el Magnánimo. Esta fuerza valenciana poseía su propia dinámica

interna, que se iba extendiendo a todos los brazos y niveles sociales. De la iglesia valenciana del XV salen dos Papas, Calixto III y Alejandro VI; en las primerías del siglo se crea el primer hospital de locos (*el Pare dels brivons*); desde 1376 se utiliza ya la letra de cambio; en 1474 se imprime en Xàtiva el primer incunable; el Papa Alejandro VI, por medio de una bula, autoriza la creación de la Universidad (1500), cuyos estatutos fueron elaborados un año antes (1499); la reina Isabel recurre a un banquero valenciano, Luis de Santángel, para empeñar sus joyas y poder financiar así la aventura de Colón, datos todos ellos —me he limitado a una enumeración de los evidentes— que suponen el reconocimiento de la hegemonía de Valencia como una importante metrópoli del Mediterráneo que a finales del siglo XV tenía más de 70.000 habitantes, lo que la convertía en una de las ciudades más populosas de Europa, una ciudad, todo sea dicho, anseática, *cap i casal* de un reino independiente dentro de la Corona, con sus propias leyes y fueros, sistemas legislativo y judicial, acuñación de moneda y autosuficiencia económica.

Ahora bien, la decadencia del «vulgar valenciano» supuso el auge del castellano, que se introducía en esos momentos en su Siglo de Oro (siglo XVI) y un sentimiento nacional valenciano en resaca. En esta encrucijada surge Luis Vives (1492-1540), un intelectual *aparte* tanto por ser un latinista cuanto porque su ausencia de Valencia y de España —desde 1509 residió en París, Oxford y Brujas— no le hacen posible ejercer ningún tipo de autoridad o magisterio aquí, pero también otros mucho más arraigados que se constituyen en colectivos intelectuales activos, como es el caso de Juan de Celaya (+1558), Luis Milán (+1561), Martín de Viciano (1502-1574), Jerónimo de Valeriola (+1579), Gil Polo (1529-1591), Joan Timoneda (¿1490?-1597), Francisco Agustín Tárrega (¿1554?-1602), Cristóbal de Virués (1550-1609), Gaspar de Aguilar (1561-1623), Guillén de Castro (1569-1631), Rey de Artieda, Cerdán de Tallada, etc., que constituyen grupos homogéneos, como los que se reunían en torno a la Academia de Los Nocturnos (fundada en 1591), o el Teatro de la Olivera, el primer teatro cerrado, de concepción contemporánea, de España, en el que tanto aprendieron Lope de Rueda o Lope de Vega, así como los principales dramaturgos españoles de la época y en el que Merimée, tal vez uno de los más agudos inves-

tigadores de este período valenciano, no documenta la representación de ninguna obra en valenciano. Desde luego la suerte está echada. Miguel de Velasco, en un estudio publicado en 1868 sobre la Universidad Valenciana, nos dice que a los poetas valencianos y latinos «habían sucedido ya un Mariner de Alagón que con igual éxito y facilidad escribía en latín que en castellano, y un Rey de Artieda, un Virués, un Gil Polo y un Guillén de Castro, al par que otros muchos, dejando a un lado la literatura y la lengua del Lacio, enarbolaban decididamente acá en Valencia el pendón de la literatura y el idioma nacional»; la cita, interesada en reflejar la decadencia del latín, nos habla, no sé si pretendiéndolo, del auge del castellano. En el siglo cuarto de la conquista se edita un cartel convocando a unas justas poéticas en devoción a Bernardo Catalán de Valeriola, fundador de la antedicha Academia de los Nocturnos, en el que se anunciaba el certamen «en lenguaje castellano qu'es agora el que mas corre».

LA RENAIXENÇA

El primer intento de restauración de las pasadas glorias llegaría con la Renaixença, en el XIX preferentemente, pero el proceso era ya irreversible: el habla coloquial y familiar se había deteriorado y castellanizado hasta niveles que indujeron a destacados especialistas a aventurar que la enfermedad era incurable, especialmente en las grandes ciudades, —la *morta-viva* se denominó a la lengua—, y más cuando este renacimiento se intentó desde posicionamientos felibristas y folklorizantes.

La pérdida de la hegemonía valenciana en el quinientos y seiscientos fue a beneficio de Castilla. Durante el quinientos, aunque Carlos I y Felipe II convocaron varias veces Cortes Valencianas, lo hicieron sin esconder ni disimular su fastidio y su deseo de ir pensando en eliminar las instituciones diferentes que en última instancia tan sólo venían a presentar problemas para el control de los territorios; el fortalecimiento de la Corte de Madrid fue en detrimento de las otras, y la ausencia de Corte en Valencia jugó a la contra. El Rey Carlos II no convocó Cortes nunca; tanto es así que la última sesión documentada fue la de 1645. Pero en 1700, con Felipe V se crea una nueva relación de poder que el Archi-

duque Carlos quiso atajar desembarcando en Denia y convocando a los valencianos a enfrentarse al rey Borbón, al que retó en batalla que en tierras de Almansa dio la victoria a los felipistas, momento a partir del cual toda España pasó a ser regida por las leyes de Castilla, con abolición de *Els Furs* y con ellos quedando indemnes ante el absolutismo real (que seguía el lema «un solo Rey una sola Ley») en una situación que se consolidó gracias al despegue económico del XVIII, que, para Valencia, supuso un período de prosperidad hasta el extremo de que triplicó su población y se situó en más de 900.000 habitantes.

Pero, decía, el buen intento de los renacentistas no dio, ni por asomo, los frutos deseables, y mientras que la continuidad en castellano fue ininterrumpida, con personalidades tan fuertes como la de Gregorio Mayans (1699-1781), los pre-renacentistas como Vicente Boix, u otros, en coincidencia cronológica con los escritores de *Lo Rat Penat* —que eran todos ellos bilingües—, como José Martínez Ruiz «Azorín» (1873-1967), Gabriel Miró (1879-1930), Blasco Ibáñez (1867-1928), por poner tres casos, cuyos valores literarios y universalizantes no es serio comparar con los de Teodor Llorente (1836-1911), Vicent W. Querol (1836-1889) o Constantí Llombart (1848-1889). No obstante, a los castellanos parlantes o escribientes se les ha querido seguir presentando como *invasores* (así se les denomina en graffittis callejeros: «castellà, llengua dels invasors») y de una sospechosa legitimidad.

Hay otros datos importantes a tener en cuenta para comprender algunos de los conflictos culturales valencianos actuales. Valencia fue conquistada por Jaume I, muy influido por las consejas del Obispo de Tortosa, y a iniciativa de los aragoneses, que estaban urgidos de una salida al mar. El que sería Reino de Valencia estaba formado, principalmente, por tres reinos, el de Zeyt en Segorbe, el de Zayyan en Valencia y el de los hijos de Azix en Xàtiva. El reino de Zeyt no presentaba problemas porque estaba prácticamente conquistado por los aragoneses cuando Jaume I inicia los preparativos de la Conquista en 1236. Valencia, tras un largo, penoso y traumático sitio, capituló el 28 de septiembre de 1238 (explicar por qué la fiesta nacional valenciana es el 9 d'octubre no es sencillo, ya que vulgarmente la mayoría de los valencianos cree que fue en esta fecha cuando cayó la ciudad y entró el Rey, pero lo bien cierto es que las tropas tomaron la ciudad el 28 de septiembre y el Rey Zayyan se hizo fuerte en

su Alkázar, donde resistió heroicamente hasta el 8 de octubre, día en el que el rey Jaume elevó su pendón). Acabada la tarea conquistadora, Jaume I no se mostró dispuesto a concederles a los aragoneses ninguna posición militar de importancia y mucho menos portuaria, y, como jugada a la contra, dio la condición de Reino a Valencia, de ciudad anseática, muy aceleradamente para ganar por la mano al feudalismo aragonés, hasta el extremo de que en 1240 Valencia ya tenía leyes propias y en el 87 acuñaba moneda; este novísimo Reino se convertía en frontera, pero los aragoneses nunca olvidaron su reivindicación, que llegaron a reclamar incluso por las armas durante casi doscientos años. Jaume I repobló el nuevo Reino con aragoneses y catalanes: a los primeros les dio —ya se ha explicado— comarcas del interior, próximas a la Corona, y a los catalanes, la costa. La conquista fue laboriosa: el 30 de diciembre de 1243 Jaume I hace que se le rinda Alzira; al año siguiente incorpora Denia y Xàtiva, pero ese mismo año Fernando III absorbe para sus dominios Enguera y Moixent, lo que disgustó al Rey y dio pie a un delicado litigio que terminó con la devolución a la Corona de Aragón de estas tierras. Alicante y Orihuela no se incorporarían al Reino de Valencia hasta 1304. A más abultamiento, el *hecho regional* en algunas partes de Valencia resultó bastante artificial. En fecha tan tardía como 1822 el País Valenciano estaba dividido en cuatro provincias administrativas que eran Alicante, Castellón, Valencia y Xàtiva; a esta distribución se le sumaron Requena a Valencia y Villena a Alicante. En 1833 desapareció la provincia de Xàtiva y Requena y Villena volvieron a las provincias de Cuenca y Murcia para, en 1836, volver Villena a Alicante y en 1851 Requena a Valencia, trasiego que ha dejado en la memoria de los valencianos ciertos celos: por un lado, por el hecho de que algunas de estas comarcas adheridas a Valencia sean castellanoparlantes, y por otro, por la constante vacilación quirúrgica que se ha hecho con ellas. En el fondo, como se habrá comprendido, está el problema del idioma, que adopta las siguientes caras: para los más radicales, los valencianos son los que hablan valenciano, y el resto, algo sin clasificar de momento; para otro sector, la valencianidad depende del lugar de nacimiento y no del resto de las señas de identidad, que, según los casos, pueden ser aleatorias. Dentro del primer grupo nos encontramos con quienes interpretan que desde la conquista, s. XIII, incluido el Siglo de Oro, s. XV, y hasta la fecha,

por estas tierras se habla y escribe el catalán que trajeron los repobladores, dado que, tras la conquista, tan apenas quedó aquí población autóctona y la carta de nacimiento de la Valencia actual hay que fecharla el 9 de octubre de 1238, creencia que es compartida por amplios sectores universitarios y filológicos; pero también nos hallamos con otros grupos que interpretan que el valenciano es la evolución del habla de la población autóctona anterior a la conquista y que, por tanto, su fonética y modismos tienen personalidad propia y una diacronía diferente a la del catalán, sólo que por ciertas familiaridades filológicas los catalanes repobladores se entendieron fácilmente con los indígenas, pero que eso es un dato poco pertinente.

Es probable que con estos groseros apuntes el lector no valenciano pueda hacerse una idea de las bases del conflicto que tanto y tan lógicamente sorprende a los foráneos cuando se asoman a estas tierras. Aunque pueda parecer poco creíble, estamos en el ojo del huracán de un tema que lleva como corolarios los de la denominación de la lengua, de la comunidad, bandera, etc., desde actitudes ideológicas. Estas, en fin, son las aguas pasadas que vemos, es cierto, tras los actuales lodos. Por doquier surgen asociaciones o entidades con pretensiones filológicas que quieren intervenir en el tema, lo que, preciso, es bien estimulante. Resulta improbable hallar una sociedad más sensible en estas cosas. Y más dogmática también, claro.

II

A este pasado ciertamente ilustre le siguió un abandono sólo saltado por la tarea de algunos heroicos eruditos locales que, dejados llevar por su generosidad y pasión valenciana, estudiaron, investigaron e incluso echaron buena luz sobre aspectos oscuros de nuestra historia, pero las instituciones —ésta sí—, siguiendo la tradición de las últimas centurias, abandonaron todo lo que fuera atención o rehabilitación. Ya se ha señalado cómo a partir del XVII el País Valenciano asumió su condición periférica y consecuentemente sucursalista. *Lo bueno* —se pensaba— no está en su interior, sino fuera, en Madrid o Barcelona, según sean unos u otros; las «autoridades» eran siempre las de Madrid. La clase dirigente valenciana ha tenido la conciencia de *no ser nada* y nuestra historia está llena de renovaciones de vasallaje a un Rey o un

Jefe de Estado, sea quien fuere éste o éstos, dispuestos a ofrendarles lo mejor sin comprender que la periferia lo es por su imposibilidad de ser centro. La periferia es una paloma de luz que rueda en torno a la bombilla sin más posibilidad que seguir haciéndolo o destruirse.

FIESTAS Y TRADICIONES

Daré algunas patéticas referencias: en el s. XIX empieza la destrucción del paisaje urbano de la ciudad. Serrano Morales mandó derribar las murallas que limitaban su casco antiguo, y parte de éste le siguió, si bien fue necesario llegar al segundo tercio del XX para que la especulación más despiadada se enseñoreara por el País. Durante años Castellón ha sido exhibido en las Escuelas Técnicas como modelo de caos urbanístico y de disparate. Otro ejemplo bien ilustrativo: un gobernador civil de Valencia mandó demoler el circo romano de Sagunto para construir sobre esos solares viviendas sociales. A partir de 1966 la fiebre destructora en la capital se adueñó de calles y barrios y hasta hoy. Pero no hace falta recurrir a mecanismos económicos: la procesión y fiesta del Corpus Christi, que tiene su origen en 1264, instituida por Urbano VII —aunque en Valencia no se inicia hasta 1355— se fue enriqueciendo durante siglos hasta convertirse en una de las piezas más codiciadas de la cultura europea; en la de Valencia en el s. XV se introdujo la «cida de la vigilia» y en el XVI «les roques» (carros sobre los que se representaban autos y misterios), luego se le añadieron «els nanos» y «els gegants», siguiendo el modelo castellano; la «Moma» (¿Mahoma?) y con el Barroco adquirió una espectacularidad propia del gusto por el artificio teatral de esta época; tenía pretensiones pedagógicas, pero, en contra de su nombre, se conservan pocos textos referidos a la Eucaristía, sino que son cosas diferentes las que se representaban con este motivo. Durante el s. XX fueron las «fuerzas vivas» quienes convocaban y presidían la procesión, y, en nombre del sentido de la «decencia», en los últimos 50 años fueron eliminadas numerosas figuras bíblicas y se aumentó el espacio concedido a las personas de chaqué. La tarea «restauradora» del Corpus todavía no ha acabado y no son pocos los estudiosos que pretenden devolverle su solemnidad original con respeto a sus características seculares.

Algo análogo ha sucedido con el *Misteri D'Elx*, misterio que la prohibición de Trento respetó por privilegio de Urbano VII, en 1632, lo que puede dar una idea de su importancia y arraigo, pero que por abandono ha llegado a situaciones de dramático deterioro; en 1924 el músico alicantino Oscar Esplá (n.1886) intentó restaurar su música, con resultados discretos, en obediencia a la llamada de tantos que clamaban por su restauración (J. M. Vives en su *Consueta* ya pide una «restauración basada en los documentos que se poseen y que permita dejar en el estado más puro posible» música, letra y representación), pero el resto sigue un lastimoso decaer favorecido por los que se erigen en sus más fervientes defensores.

En condiciones tan adversas no se ha dejado de mantener una postura activa por parte de la *intelligentsia* local. Durante el siglo XX se han sucedido los movimientos intelectuales que han reclamado la reincorporación valenciana a los circuitos culturales europeos más importantes, y en los últimos años la presencia de destacados valencianos en música, literatura y pintura, por señalar tres aspectos que tengo más a mano, ha sido notoria. Obsérvese, por ejemplo, que Maravall, Gil-Albert, Vicente Gaos, Francisco Brines, Manuel Vicent, etc., son valencianos, pero su imposición en el mundo intelectual no lo ha sido tanto por ser tales cuanto por su integración en otros circuitos. Entre los «novísimos» hay dos valencianos, Carnero y Molina Foix (los novísimos «olvidados» son también de aquí, Jaime Siles y Jenaro Talens), y lo que es en artes plásticas, Sempere, Alfaro, De Soto, Canogar, Michavila, etc., se trasluce un germen que ya ha dado resultados palpables. Todo esto no puede considerarse casual, del mismo modo que presencias como las de Almela i Vives, Joan Fuster, Manuel Sanchís Guarnier, Vicent Andrés Estellés... en la otra lengua son algo más que un mero indicio. No obstante, estamos muy lejos del despegue y más aún de que todas estas promociones se puedan presentar como resultado uniforme de una zona geográfica. El profesor Antonio Mestre está publicando ahora (el último tomo es de 1984) la obra completa del bibliotecario de Felipe V, Gregorio Mayans (Oliva 1699-1781) —obra de creación, de investigación, epistolarios, recuerdos...— insólitamente inédita, sobre todo si pensamos que una importante parte de ella no había salido de estas tierras, y esto puede servir como referencia del estado de la cuestión: Valencia no cuenta ni tan siquiera

con inventarios serios; el primer catálogo de monumentos y conjuntos artísticos lo acaba de editar la Generalitat en 1983, pero sigue sin existir uno de escritores y obras en lengua valenciana o valencianos. El último intento fue el de Ribelles Comin, que resulta voluntarioso pero gravemente incompleto.

Ya hemos visto cómo el teatro valenciano del XV y XVI es guía, cuando no fundamento, del mejor teatro barroco español, y hasta la fecha ni tan siquiera se había ensayado un inventario, tarea que ha asumido el profesor Joan Oleza desde la Universidad con un amplio equipo de especialistas que, pese a llevar relativamente poco tiempo en el empeño, dada su entrega, ya ha dado resultados más que estimables.

Con la constitución del gobierno valenciano de la Generalitat apenas se progresó en este sentido, salvo con el último, más atento a la restauración de lo valenciano, su historia y su cultura y no sin contradicciones, pero ya se ve una dirección y sobre todo un talante; se ha llevado el valenciano a la escuela, se han catalogado los principales fondos pictóricos, literarios y artísticos y se ha iniciado una enérgica acción de recuperación de la cultura secular, aunque siga quedándose en demasiadas ocasiones en una mera exhibición de buena voluntad. No obstante, se ha restablecido una prometedora red de bibliotecas públicas, fortalecido la acción sobre el Patrimonio Cultural, e incluso se intenta aprovechar el conflicto cultural para sacar de él sus partes más provechosas. Se inauguró una serie de ediciones institucionales que conformen una biblioteca de autores valencianos (con ediciones que no suelen superar su carácter puramente divulgativo y, a veces, ni el sectario) y puedan suplir la ausencia de editoriales, y se quiere asentar la recuperación del *tono* cultural.

Aunque no directamente dependiente de la Generalitat, desde otros sectores institucionales se ha intentado en estos últimos tres años convertir a Valencia en una cabeza de puente de las culturas mediterráneas, lo que se ha traducido en la celebración de Encuentros de Escritores del Mediterráneo, Trobada de Música del Mediterrani, Mostra de Cinèma Mediterrani, etc., con resultados muy desiguales quizá por sus planteamientos de grupo cerrado o porque por su juventud están sin consolidar todavía. También se intentó un bombeo económico hacia las revistas culturales («Múrice», «Taberna de Cimbeles», «Septimomiau», «Spill», «Fuentearnera», «Literatura», «DonGuido» y otras mu-

chas), aunque, por diversos defectos en el procedimiento, terminaron por desaparecer todas ellas, la última hace apenas un año. La «Revista valenciana de Filología», que se editó durante más de veinte años, también ha enmudecido.

La indudable buena disposición de la Generalitat, de momento, ha servido para evitar un deterioro mayor e iniciar cierta recuperación que se hace mes a mes más sensible, pero, como se ha dicho, la gestión en el terreno cultural en Valencia exige cinco acciones principales que quizá y, en parte, se están iniciando:

— *Desconflictivizar la cultura* de forma que las diferencias se enjuaguen en los recintos universitarios o centros de investigación, propiciando los diversos estudios y la aparición de plataformas de debate universitario. En este sentido han nacido algunas publicaciones periódicas —aún insuficientes— y se anuncia una acción más directa sobre el mundo universitario para devolverle su hoy cuestionado prestigio y su capacidad de acción.

— *Romper el círculo vicioso* que genera la conciencia de ser una cultura subalterna, prestigiándola en el interior y ante el resto del Estado con un apoyo decidido a sus propios intelectuales ya no únicamente con la propuesta de premios y ayudas, sino garantizándoles la posibilidad de crear aquí el propio centro de decisión con un consumo razonable de los bienes culturales.

— *Fomento de la propia cultura*, incluida la enseñanza del valenciano en las escuelas (iniciado en 1983), como medio de aproximación de públicos mayoritarios a las tradiciones autóctonas.

— *Prestigio de las instituciones e intelectuales propios*, como forma de fortalecer el autoaprecio.

— Y, como consecuencia, *restablecer los lazos mínimos de unión solidaria* que definan desde su propia forma la cultura valenciana, con absoluta independencia y fomentando su individualización.

En esta línea de recuperación quiere estar la Conselleria de Cultura de la Generalitat, aunque haya que aceptar que se encuentra en una situación muy inicial, mas con un notorio deseo de salir del siesteo de decenios.

Quiero creer que se está en ello.